

En torno a *Estudios léxicos*

Elena Zamora*

En 1984 aparece publicado el primer volumen de *Estudios léxicos* de Manuel Alvar. Ocho años después se edita el segundo volumen¹. Reúne en ellos una buena parte de los trabajos que dedicó a la «etimología e historia de las palabras». A pesar de la heterogeneidad de los mismos, tienen un hilo conductor, pues «responden a un largo quehacer de catedrático de historia del español que, una y otra vez, ha tenido que ilustrar cuestiones filológicas o dialectales»².

El primer volumen recoge artículos publicados entre 1956 y 1984. Y el segundo, desde esa fecha hasta 1992. Es mi propósito estudiar el conjunto de los artículos de esta obra para intentar agruparlos, de modo que podamos ver cómo se reflejan a través de ellos las numerosas inquietudes que alentaron la obra filológica de Manuel Alvar.

En efecto, Alvar fue un filólogo a la antigua usanza. Su formación cubría numerosos campos de saber: desde la literatura medieval, de los Siglos de Oro, moderna y contemporánea, hasta los distintos campos que conforman la lingüística (etimología, fonética, morfología histórica, dialectología, geografía lingüística, toponimia, lexicología y semántica). Estos conocimientos hacen posible que sus artículos léxicos estén enfocados desde numerosos ángulos, lo que hace particularmente rico el resultado final.

Las agrupaciones que recojo a continuación no pretenden ni pueden encasillar, por tanto, los artículos recogidos en este libro en una única dirección. Todos ellos muestran tal riqueza que sería demasiado simplificador reducirlos a un esquema; por el contrario, a menudo participan de muchos rasgos comunes, pero los apartados que propongo a continuación ayudan a alcanzar un objetivo: mostrar cuál era su método de trabajo y cómo a través de sus artículos léxicos queda reflejada la extraordinaria obra del lingüista al que hoy rendimos homenaje. Valga esta aclaración antes de exponer mi trabajo.

* Instituto de Lexicografía de la Real Academia Española.

¹ *Estudios léxicos*, 2 vols., Madison: *The Hispanic Seminary of Medieval Studies*, 1984-1992.

² *Ibid.*, I, [I].

Estudios de léxico medieval

Son conocidas las aportaciones de Alvar al estudio de la literatura medieval. Baste con recordar sus ediciones críticas de la *Vida de Santa María Egipcíaca* (1970 y 1972) y del *Libro de Apolonio* (1976). Cuatro artículos del primer volumen tratan de voces documentadas en Gonzalo de Berceo (*Vida de Santa Oria* y los *Milagros*). Se trata de *calabrina*, *captenencia*, *coral* y *tienllas* [II, 57-65; 67-71; 73-78 y 193-197]. Partiendo de estas obras, Alvar recorre otros testimonios medievales, por ejemplo, del *Libro de Alexandre*, del *Libro de Apolonio* y de la obra de Alfonso X el Sabio (*General Estoria*). También aduce testimonios de las biblias de la época, entre otras, la de Ferrara y la *Biblia medieval romanceada judío-cristiana* (siglo XIII).

En los cuatro casos se trata de estudios que se ocupan de voces puramente medievales, sin pervivencia posterior significativa. Estos artículos tienen un trasfondo común: el interés del investigador por desentrañar el sentido de unas palabras en un texto determinado, poniéndolas en relación con el contexto cultural de su tiempo. A propósito de las dificultades a las que se enfrenta el lingüista que trabaja con textos antiguos, Alvar escribe años más tarde:

Saber *amor*, *cielo*, *río*, *sombra* o *tristeza* acaso no merezca demasiadas consideraciones. Todos los diccionaristas pueden copiar esas palabras y darles contenidos que son triviales. El problema se suscita cuando hay que incorporar la realidad contingente: ¿cómo traducir *almoraduj*, *calandria*, *aneclín*, *argaña*, *coral* «corporal», *tienllas* o *zarcillo de la vid*? Y aquí surgen dos cuestiones que el lexicógrafo tiene que resolver: de una parte el enfrentamiento con el mundo que lo rodea. El diccionario no es una teoría de abstracciones, sino la integración de la lengua de unos hombres en un repertorio que ha de valer para todos. Si nos atenemos a la primera cuestión, tendremos que exigir al lexicógrafo unas condiciones de lingüista que antes no tenía y esto nos lleva a la enrevesada cuestión de la naturaleza lingüística de un texto metalingüístico. He dado unos ejemplos que pueden valerlos: *coral* en un verso de la *Vida de Santa Oria* aparece como «fuyoli a la madre de los ojos *corales*», *hapax legomenon* que significa «corporal» y que no hay que unir a *coral* «del corazón», que también aparece en Berceo; *tienllas*, del propio poeta riojano, se ha interpretado según los gustos de cada editor: «pierna», «cosa blanda», «cuerda, lazo». Nada de esto vale: se trata sencillamente de un derivado de *tempula* «sienes», tal y como se recoge en Alfonso el Sabio y en en el *Libro de Alexandre*. Aduzcamos un tercer ejemplo sin salir de Berceo, *calabrina* se interpretó como

«choza», «celdita», cuando lo que significa es «cuerpo sin alma», como derivado del latín *cadaverinus*, equivalente de *mortecino*, *cuerpo muerto*, *cadauera*, que constan en la *Vulgata*. Estamos con el lexicógrafo-lingüista que debe depurar los viejos textos para que sea válida la interpretación del léxico que recoge³.

Una cita de la *General Estoria* de Alfonso X relaciona las voces *argolla* y *armella*, ambas con el significado común de «pulsera». A partir de los testimonios alfonsíes, Alvar traza el recorrido de ambas voces ilustrando su historia en español y su pervivencia, también la de sus variantes, en el español de la Península, Canarias y América [II, 55-70]. Este artículo es una buena muestra de la variedad de instrumentos que debe manejar un lingüista para estudiar una voz desde un punto de vista histórico. Alvar aduce testimonios de uso de las voces (desde otras obras de Alfonso X, *Fuero de Cuenca*, *Biblia de Alba*, *Amadís*, Mateo Alemán, Lope de Vega, Tirso de Molina..., hasta Azorín o Gabriel Miró), presencia en los repertorios lexicográficos de los siglos XV a XVII (Percival, Rosal, Palet, Oudin...) y testimonios dialectales (atlas lingüísticos y vocabularios). Otro tanto podemos decir del artículo dedicado a la voz *catarata*. El estudio parte también de una cita de la *General Estoria*, añade testimonios de textos antiguos y consultas a repertorios clásicos, para ir desgranando el significado antiguo de la voz, «compuerta, dique», y trazar la historia de la voz en español [II, 11-17].

Otros ejemplos similares de cómo abordaba Alvar el estudio de una voz se hallan en los artículos que tratan de *busto* «vacada», «pastizal» [I, 31-55] y *aljaraz* «campanilla» [I, 9-14]. Los fueros peninsulares son a menudo objeto de su interés⁴; por eso no es de extrañar que para el estudio de *busto*, partiendo una vez más de testimonios alfonsíes, confirmados con otros de la *Biblia medieval romanceada judío-cristiana*, recale en documentaciones procedentes de los fueros castellanos, navarro-aragoneses y occidentales, como apoyo de su argumentación. El estudio que dedica a *aljaraz* sirve asimismo para reconocer similares pasos en su intento de desentrañar los misterios de una voz antigua: los diccionaristas clásicos (Alonso de Palencia, Nebrija, Covarrubias), los primeros lexicógrafos de obras bilingües (Oudin, Vittori, Franciosini, Stevens), los repertorios de español medieval (Boggs, Oelschläger, Cejador, Fontecha, Romera-Nava-

³ «Bosquejo de una trayectoria histórica de la lexicografía española», en *Colectánea lexicográfica*, Madrid 2001, 19-20. (Publicado anteriormente en *Voz y Letra*, V, 1994, 15-30).

⁴ *Recordemos, entre otros trabajos, sus ediciones*: Los fueros de Sepúlveda: estudio lingüístico y vocabulario. *Segovia: Diputación Provincial*, 1953; El Fuero de Salamanca, *Madrid: C.S.I.C.*, 1968 (*Colección Filológica*, XXIV).

ro) y las biblias de la época (*Biblia medieval romanceada judío-cristiana*). No hay que olvidar además que en la mayoría de los artículos de la obra que comento, Alvar señala haber consultado los ficheros de la Real Academia Española, institución de la que fue director.

Estudios de léxico dialectal

Otro amplio grupo de artículos tiene como eje principal el estudio de voces dialectales o de pervivencia dialectal. Manuel Alvar fue quizá el máximo representante de la dialectología española, y sin duda el principal introductor y creador de la geografía lingüística en España. Sus estudios de dialectología española y americana y sus atlas lingüísticos, a los que dedicó gran parte de su vida, son la prueba de ello. No es, por tanto, de extrañar que un buen número de artículos léxicos de la obra que estudiamos esté dedicado a desentrañar los misterios de determinadas voces a la luz de estas dos disciplinas.

Al estudiar la voz *tabefe* [I, 179-186], un arabismo de las islas Canarias introducido a través del portugués, y no un guanchismo, como demuestra ampliamente, Alvar habla del lugar de la geografía lingüística como un instrumento indispensable para el estudio del léxico:

A través de las vicisitudes de la voz *tabefe*, hemos llegado a comprobar el hispanismo de nuestras Islas, sus relaciones históricas con Portugal, las exigencias de elaborar monografías independientes si queremos entender nuestro quehacer lexicográfico, la insuficiencia de nuestros repertorios, la imprescindible necesidad de utilizar los atlas lingüísticos cuando pretendamos vitalizar el anquilosamiento de nuestros diccionarios, la naturaleza de los préstamos y el valor de la etimología para conocer los significados actuales de las voces. [I, 183]

Pero la geografía lingüística es también un buen socorro para sustentar una teoría. En el artículo dedicado a las voces *alajú(r)* y *alfajor* [II, 71-81], a partir de un testimonio de Mateo Alemán, Alvar comenta:

No es esta la única vez que Mateo Alemán ha servido para atestiguar el léxico sevillano. [...] De acuerdo con el casi sevillano Nebrija está el sevillano Mateo Alemán y, concorde con ellos, la geografía lingüística de hoy: basta con ojear el *Atlas de Andalucía* (II, mapa 305) para que veamos cómo las numerosas variantes fonéticas de la palabra se extienden por Sevilla y el norte de Cádiz más próximo a Lebrija. Que nos valga este ejemplo para confirmar el andalucismo de *alfajor*. El pasaje de Mateo Alemán que

comento nos muestra cómo un texto antiguo puede recibir luz de la geografía lingüística actual, y no es el único caso. Se repite entre nosotros algo que se sabe desde hace tiempo: sin una geografía lingüística será difícil hacer historia de la lengua. [II, 77]

Son numerosos los artículos de *Estudios léxicos* en que se demuestra esta última afirmación. Aparte de los arriba mencionados, puedo añadir los siguientes. Los testimonios del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias (ALEICan)* y del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía (ALEA)* son básicos para explicar el origen castellano, andaluz u occidental de la voz canaria *tabobo* «abubilla» y variantes, y desechar un posible étimo guanche [I, 187-191]. La presencia de *aljaraz* «campanilla» en la isla del Hierro, documentado en el *ALEICan*, sirve a Alvar para trazar una relación entre las hablas dialectales portuguesas y el español de Canarias [I, 9-14]. El adjetivo *zaragocí*, documentado por primera vez en el siglo XVI y siempre aplicado a un tipo de ciruela (salvo un testimonio de carácter humorístico de Lope de Vega), perdura en Santander y Andalucía, según lo atestiguan los atlas respectivos [I, 207-211]. Una encuesta del *ALEA* en un pueblo de Córdoba, Jauja, documenta la voz *añeclí* «artesa donde los cangilones de la azuda vacían su contenido»; este testimonio sirve de punto de partida para un estudio de la evolución fonética, morfológica y semántica de la raíz árabe N-Q-L «transportar», que demuestra la vinculación de sus derivados españoles con la forma andaluza *añeclí(n)* [I, 23-30]. El vocabulario relacionado con las máquinas e ingenios vuelve a ser un tema tratado por Alvar⁵ en el estudio dedicado a *aceña* «rueda elevadora de agua movida por la corriente de un río», voz documentada en el *Marcos Obregón*; la geografía lingüística (*ALEA*) sirve de nuevo para aclarar el significado del texto de Espinel [II, 49-54]

Diccionarios y estudios dialectales o de otras lenguas son también el punto de partida para esclarecer la evolución de una voz. La locución aragonesa *dar ferrete* «insistir en una cosa», registrada en el *Diccionario de voces aragonesas* de Borao, pervive en la andaluza *dar el ferrete* «dar la lata», y se relaciona con el catalán *ferrets* «instrumento musical» y los gallegos *ferrenhos*, *ferreñas* y *ferriños* «sonajas» [I, 79-80]. El *Diccionario histórico de la lengua española* de la Real Academia Española (1933) sirve de base para un estudio de los derivados españoles del latín ACINUS, que, como en el caso de la voz *añeclí(n)*, se centra en la evolución fonética, morfológica y semántica de las formas consideradas [I, 1-8]. Son estos tres ar-

⁵ Véanse «Molinos y otras máquinas en el Vocabulario de Nebrija», en *Anuario de Letras*, XXXI, 1993, 1-19, y *Colectánea lexicográfica*, 164-165.